

La Trascendencia como valor y finalidad educativa¹

Rev. Aragon. Teol. 25 (2007)

Ernesto Brotóns

A principios del siglo pasado, en su obra, *La educación del niño. Metodología de la enseñanza*, R. Steiner, filósofo y pedagogo austriaco, advirtió: “sólo podemos educar y enseñar si comprendemos lo que ha de ser objeto de nuestra actividad formadora, así como el pintor sólo puede pintar si conoce la naturaleza y esencia del color y el escultor sólo puede esculpir si conoce la naturaleza de su material. Lo que es valedero para las demás artes que trabajan con materiales exteriores ¿cómo no va a serlo para el arte que trabaja con el material más noble que se nos puede ofrecer, esto es, el ser humano, su devenir y su desarrollo?”². No podemos negar el valor de su intuición: el arte de la educación pasa por redescubrir al hombre. Reflexionar sobre el verdadero sentido de la educación nos sitúa ante ese «misterio» (prefiero esta imagen a la del «material») que es toda persona humana llamada a crecer, llamada a ser y a ser considerada no objeto sino sujeto de su propio camino de crecimiento personal.

En consecuencia, el educador, al inicio de su tarea, se enfrenta inexorablemente ante la pregunta por el ser del hombre y el sentido de la existencia humana, lo que le obligará también a confrontarse consigo mismo. No nos engañemos, no existe educación neutra. Educamos «desde» y «en» un modo de comprender la vida, la persona, la sociedad, Dios. Educamos desde el sentido que le damos a nuestra propia existencia, porque educar nos implica vitalmente. Por eso, ser conscientes de ese «desde dónde» educamos» no sólo nos revelará la meta hacia la que caminamos, sino que nos definirá como personas. Lo sabemos bien: podemos educar para «ser», o para «tener» y «hacer», para el «sentido», o para el «funcionamiento» o encuadre de las personas en los esquemas prácticos de la sociedad³; pero todas estas opciones no son equivalentes. Algunas pueden terminar encorvando al hombre y asfixiándolo en su propia finitud.

¹ El presente artículo fue publicado, resumido por la edición, en S.de Miguel (coord.), *35 años al servicio de los educadores de tiempo libre*, Cáritas, Zaragoza, 2006, 79-94. Con su publicación íntegra se recuperan matices teológicos importantes, que reflejan mejor el pensamiento del autor.

² Citado por S. Pereira, *El arte de educar en familia*, CCS, Madrid 2001, 11.

³ Cf. J. Renau, ‘Educación en una sociedad en crisis: *Cuadernos Cristianismo y Justicia* 16 (1987) 26ss.

Nuestra reflexión quiere enmarcarse dentro de una opción por una educación para el «ser» y para el «sentido», en lo que llamaremos una «educación para el encuentro». Sólo desde aquí, creo que puede hablarse realmente de «trascendencia». En consecuencia, vamos a adentrarnos en ese misterio que es el ser humano y el Misterio fundante de amor que lo sostiene. En su misterio se vislumbra el «qué» y el «porqué» de nuestra labor educativa, condición básica para poder hablar después de un «cómo». El objetivo de esta reflexión no es otro que acercarnos a los fundamentos y a algunas de las claves de una educación que quiere abrir el corazón a la trascendencia. Los propongo con sencillez y sin dogmatismos. No en vano, al hablar de educación, y a la hora de educar, estamos pisando terreno sagrado.

1. El ser humano, «apertura a la trascendencia»

No es encerrándonos sobre nosotros mismos como crece y se forja nuestra identidad. De hecho, creo que si algo nos distingue de otros seres vivos, y nos define como personas, es esa capacidad que tenemos de «estar abiertos a», de «salir de nosotros mismos», de «dar-nos». La cuestión ahora es cómo concebir este «carácter trascendente» del ser humano. Distingo tres momentos o niveles de comprensión:

1. La «apertura a la realidad» (*yo, los otros, el mundo*) es para el hombre el camino de la experiencia de sí mismo. Inmersos en ella, desde que nacemos, poco a poco iremos descubriéndonos como «don» (nuestra propia vida nos es regalada) y como «relación». Hay algo íntimo que, desde que somos llamados a la vida, nos religa con la realidad en que vivimos (Zubiri). Hablo de esa experiencia genial de ser, de pertenecer, de cuidar, de aceptar y amar... en la que poco a poco nos realizamos como personas. El mundo no es sólo el escenario de nuestra vida, nos constituye y lo constituimos.

Repleta de intencionalidad y simbolismo, la realidad entera susurra, habla múltiples lenguajes, se presenta ante nosotros como un «algo-significativo»⁴, que se nos ofrece, no sólo como límite, sino como universo de posibilidades que pone en juego nuestra libertad. Pero no sólo importa el hecho de estar abiertos al mundo, sino el «cómo» y el «desde dónde» es vivida esta relación. Podemos afrontar nuestra existencia en camino de dominio y apropiación, de admiración y contemplación, de desasimiento y don. Según cómo nos situemos ante ella, la vida nos irá abriendo o cerrando puertas. Por eso, educar en la apertura a la trascendencia deberá ayudar a la persona a confrontarse consigo misma, a aceptarse y a quererse, a confiar y arries-

⁴ Cf. M.A. Calavia, 'La pregunta por el sentido como apertura a la trascendencia': *Misión joven* 324-5 (2004) 26ss.

garse, a relacionarse con el mundo en todos sus lenguajes y con todo su ser, a descubrir, en definitiva, ese regalo que soy yo mismo y que es don también en cuanto que está llamado a darse.

Nuestro «ser-en-el-mundo» se revela, ante todo, como un «*ser-entre-los-demás*». Decía Mounier: «La persona no existe sino hacia los otros, no se conoce sino gracias a los otros, no se encuentra sino en los otros»⁵. Se despierta a la vida personal ante el rostro del prójimo. Mi «yo» dormido al nacer despertó de hecho por la sonrisa, la caricia y la voz amorosa de un rostro materno. Luego han aparecido otros rostros, sagrados rostros que nos interpelan y nos impelen a lanzarnos a la aventura del «tú», al riesgo de convivir, de amar y de confiar, sin máscaras, sin miedos, de olvidarse de sí y de entregarse, de experimentar que «somos» más cuanto más nos damos. La realidad del sujeto surge de las relaciones. Y, entre éstas, la del padre y la madre con el hijo, y la del educador con el educando, son, en palabras de González de Cardedal, «troqueladoras»: se mueven en el ámbito de lo sagrado primordial, posibilitan la confianza o te vacunan contra ella, fijan la memoria y la esperanza o las desarraigan y deshacen para siempre.

2. De ahí, la importancia del educador a la hora de poder vivir la vida en clave de confianza y sentido. Cuanto más buscamos, conocemos y nos conocemos, más urgente se nos hace la cuestión del «*sentido*» de las cosas y de la propia existencia. La misma realidad, de la que nosotros formamos parte, nos reclama una toma de postura, una actitud fundamental que envuelva, impregne y configure toda nuestra existencia. Podemos abrirnos en confianza a la realidad, o cerrarnos ante ella.

Mas somos en apertura de conocimiento y amor. Quizá, por ello, la toma de postura frente a la realidad se decide siempre en apertura a un «tú», concreto, personal, humano. La cuestión del sentido no sólo va unido a los «qués» de la vida, sino sobre todo a los «quiénes»: ¿Quién soy y, sobre todo, para quién soy algo o alguien? Cuando se es significativo para alguien, la realidad, con toda su problematicidad, deja de ser contemplada en su rostro amenazador, para ser acogida en su lado sustentador, salvador, fiable, que posibilita ese necesario trascenderse, ese «des-centrarse» y «salir de sí» sin el cual la vida termina perdiendo sentido. El hombre, escribió Victor Frankl, «se realiza a sí mismo en la medida en que se trasciende: al servicio de una causa o en el amor a otra persona. Con otras palabras, el hombre sólo es plenamente hombre cuando se deshace por algo o se entrega a otro. El hombre sólo es plenamente él mismo cuando se pasa por alto y se olvida de sí mismo»⁶.

⁵ E. Mounier, *El personalismo. Antología esencial*, Sígueme, Salamanca 2002, 699.

⁶ V. Frankl, *El hombre doliente*, Herder, Barcelona 2003, 58s.

3. Es entonces cuando la realidad, la naturaleza, la historia, y, sobre todo, el rostro del «tú», aparecen ante nosotros como un sacramento, apuntando a un «plus» de significado y sentido, a una «presencia» sustentadora y fundante que nos trasciende y que sólo es cercana en el reconocimiento y el encuentro. Hablar de Dios, por tanto, no se sitúa «más allá» de la realidad, sino en su «hondura». Es ahí donde el Misterio de Dios, «lo totalmente otro», lo «real por excelencia», se revela y provoca al hombre. Habrá, eso sí, que educar la mirada. “Cuando sucede esto, el hombre aprende que el problema de su destino, el problema de sí mismo, y el problema que, pasando más allá de sí mismo, pregunta por el fundamento que soporta la vida del mundo y la del hombre, son uno solo. El problema de uno mismo y el problema de la realidad divina van unidos”⁷. La apertura del hombre a la realidad adquiere de esta forma un estrato profundo explícitamente religioso.

2. “Nos hiciste, Señor, para ti”...

El hombre, expresó genialmente von Balthasar, “es un ser con un misterio en su corazón que es mayor que él mismo”⁸. Así lo intuyó San Agustín, para quien el famoso «conócete a ti mismo» del templo de Delfos se tornó en una aventura relacional entre Dios y él: «conocerme para conocerte, conocerte para conocerme»⁹. La verdad del ser humano se juega «coram Deo», en Su presencia. El «quién soy yo» encuentra su respuesta en ese «quién soy para ti, Dios mío». Sólo cuando uno es capaz de escuchar la respuesta a esa pregunta en lo más íntimo de su corazón es capaz de exclamar: “nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón estará inquieto hasta que descanse en ti”¹⁰.

Esta oración nos sumerge en la experiencia fundante, gozosa y beatificante, de existir no «desde», «ante» y «para» uno mismo, sino «desde», «ante» y «para» Alguien. Apunta, de hecho, a una primera y definitiva palabra sobre nosotros y el mundo que no es nuestra, que no nace de nosotros, sino que ha sido ya pronunciada manifestando el secreto de un amor sin límites. El «te quiero» de Dios, un «te quiero» libre y gratuito, nos precede, sustenta y convoca. Vivimos, nos movemos y existimos en el amor de Dios, sustentados en Él, implantados en Él (Hch 17,28).

Esa Palabra se hizo carne y rostro humano en Jesús de Nazaret. Los cristianos no creemos en una Trascendencia difusa, abstracta, genérica, sino en el rostro de Dios manifestado y revelado en Cristo, el Dios que entra en nuestra historia y hace de ella

⁷ W. Pannenberg, *Antropología en perspectiva teológica*, Sígueme, Salamanca 1993, 90.

⁸ H. U. von Balthasar, *La oración contemplativa*, Encuentro Ediciones, Madrid 1985, 16.

⁹ Cf. S. Agustín, *Soliloquios*, 1, 1.

¹⁰ S. Agustín, *Confesiones* 1, 1.

Historia de Salvación, el Dios que ha querido salir a nuestro encuentro por las calles de la vida, sobre todo, por las de los más desfavorecidos. En ellas se le encuentra. En Jesús la Humanidad fue acariciada por un Dios apasionado por la vida (Jn 10, 10) y capaz de entregarla por amor, un Dios que no quiere esclavos, sino hijos, amigos libres y capaces de alianza con él, un Dios que sueña con el parto de un mundo más justo, más humano, más fraterno, con sabor a Dios: el Reino. La gloria de Dios es que todo ser humano tenga vida, y Dios es la vida del hombre¹¹.

En Jesús, la Humanidad se descubre creada, redimida, llamada y destinada a la vida por Dios en amorosa libertad y gratuidad. En Él nos descubrimos como un don que está llamado a darse, a dejarse afectar por la sacramentalidad del rostro del tú, y del rostro de los últimos (Mt 25, 31-46), a ser don en la entrega a los demás. No en vano, hemos sido creados a imagen de Dios, del Dios uno y trino, misterio gozoso de comunión, que quiere compartir desde antes de la creación del mundo su vida feliz e inmortal con el ser humano. Llamados a la comunión con Él, creados y redimidos por amor, somos imagen suya; somos, en palabras de S. Agustín, «capaces de Dios», capaces de amar, de ser amados por Él y de amarle, capaces, incluso, de compartir su misma vida. Él mismo, en Cristo, nos ha buscado para que podamos salir a su encuentro. «Él siendo rico, se hizo pobre por nosotros para enriquecernos con su pobreza» (2 Cor 8,9).

Contemplamos aquí el misterio de la dignidad y vocación más propia del ser humano, la razón de ser de nuestra sed de felicidad, el fundamento de nuestra apertura a la Trascendencia, ahora con mayúscula. En definitiva, «educamos para un encuentro». En definitiva, todo educador no es más que un heraldo del amor de Dios¹².

3. La educación como ejercicio de trascendencia

Se nace persona, pero también uno se va «haciendo» persona. Lo advirtió Herder a finales del s. XVIII: «no somos todavía hombres propiamente dichos, sino que llegamos a serlo día a día»¹³. Pero en estos avatares nadie se basta a sí mismo. El ser humano no puede esculpirse, formarse a sí mismo, aunque en su entraña disfrute ya del esbozo¹⁴. Quizá, por ello, podemos afirmar que la educación constituye en sí

¹¹ Cf. San Ireneo, *Adversus haereses* 4, 20, 7.

¹² El Vaticano II recogió esa íntima relación entre la vocación a la trascendencia de todo ser humano y la educación al subrayar cómo «la verdadera educación se plantea la formación humana en orden a su fin último y al bien de la sociedad». *Gravissimum educationis* 1.

¹³ Citado por W. Pannenberg, o.c. 54.

¹⁴ Cf. J. G. Herder, *Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad*, Losada, Buenos Aires, 1959, 259ss. [9,1].

misma una experiencia de trascendencia, un ejercicio real de esa capacidad humana de salir de sí sin la cual es imposible crecer como personas. En este proceso, como intuyó Herder, intervienen tres factores:

El primero: *La confianza*. Despertamos a la vida y crecemos como personas, confiados a la libertad amorosa de un «tú», llevados de la mano y «acompañados» por quienes nos preceden, rostros que no sólo nos han comunicado conocimientos o ideas, sino que, ante todo, nos han transmitido «alma»¹⁵. La educación va a ser el resultado del encuentro entre dos libertades, dos miradas, dos esperanzas, dos historias que salen de sí y se acogen mutuamente. Al apuntar ésta no sólo a la adquisición de conocimientos, sino a la configuración de toda la existencia, dicha relación se apoyará, poco a poco, en la mutua significatividad y confianza. «Creo en ti», «te creo». Y es que las cosas que realmente son decisivas para la vida, sólo alcanzan credibilidad cuando son vividas por alguien que está delante de ti y te ama.

Por eso, por encima de proyectos y programaciones, aun siendo éstos necesarios, junto a una comunidad educativa que sea referente, con conciencia de proyecto y de camino, siempre será esencial e insustituible la persona del educador. «Donde hay un educador que es bueno, en el complejo sentido de la palabra, allí renace la humanidad y se recrea el mundo»¹⁶. Importan la pedagogía y la técnica, pero, sobre todo, la vocación del educador y su amor por aquél con quien, al educar, está compartiendo vida.

2. Herder hablaba, además, de un segundo factor: la razón y la experiencia, por las que todo individuo forma parte activa de su propia formación como persona. El educador, decía, deberá estimular en el sujeto dichas capacidades para que éste se forme también a sí mismo. Su crecimiento como persona ha sido confiado, en un juego de libertades que se encuentran, «a su propio cuidado y al de sus semejantes»¹⁷.

Quisiera, por tanto, destacar aquí la *libertad y la responsabilidad* propia del sujeto educando, así como la necesidad, a la hora de educar, de contar con su vida, su realidad, incluso de partir de ella. Cuando en su libertad, el educando se confía a otro, no reniega de su propia responsabilidad. Debemos ayudarle, en todo momento, a asumir que es él quien debe aprender a tomar su vida en sus manos y ser sujeto de su propia historia. Ello le obligará a trascender «lo inmediato» para descubrirse en profundidad, y no, en epidermis, como «proyecto». Por su parte, el educador renuncia a apropiarse a él; sabe que su misión es ofrecer cauces para que el prójimo logre su destino como resultado de su propia libertad. Para ello, no obstante, deberá enseñarle

¹⁵ Cf. a este respecto, la obra de O. González de Cardedal, *Educación y educadores*. PPC, Madrid 2004.

¹⁶ Ib., 61.

¹⁷ J. G. Herder, *o.c.*, 264 [9,1].

a discernir y acompañarle sean cuales sean sus opciones y consecuencias. No toda autonomía es cristiana, ni humana, sobre todo, si continuamente necesita defenderse del «tú», si no se deja amar, si no se deja perdonar, si termina por ahogarle en su propia finitud.

3. Integrando los dos primeros, el filósofo alemán nos remite a la «*Providencia de Dios*». Al crearnos a su imagen y semejanza, Dios selló en nosotros el horizonte y la meta que han de conducir nuestra vida. La iconalidad divina define el ser, la dignidad y vocación más propia del ser humano, y su destino¹⁸, y desvela así el sentido y fundamento último de la educación. Somos y estamos llamados a ser «imagen de Dios».

Al igual que despertamos a la vida personal ante la realidad del prójimo, nuestro yo despierta definitivamente ante la realidad del Dios de Jesús. Educar en la fe conlleva ayudar a «reconocer» vital y amorosamente esa presencia, y acompañar ese proceso de «des-centrarnos» en Él, de aceptar que Él sea el centro de la relación, de dejarnos querer por Él en nuestra pequeñez, de conformar nuestro quehacer diario desde su voluntad. La tentación de autosuficiencia y la desesperación en las que puede caer el hombre encerrado en su finitud dan paso entonces a la confianza radical que, lejos de anular a la persona y a su libertad, la sana, humaniza y plenifica¹⁹.

En conclusión, todo el proceso educativo constituye en sí un ejercicio de trascendencia que implica a todos sus agentes. El educador no sólo abre a ese Misterio de amor que nos precede, sino que él mismo se entrega a Él, experimentando su vocación como llamada, misión recibida y cuidada, incardinado vitalmente en la comunidad eclesial, memoria viva del Resucitado. En presencia de Dios, educador y educando se encuentran en una relación más profunda de comunión, que libera de toda tentación de proyección, de utilización ideológica, de apropiación. La educación «es un bello riesgo y una aventura que no dominamos nosotros porque, en última instancia, se decide y resuelve en aquel misterioso diálogo que cada hombre mantiene consigo mismo y que termina siendo un hablar cara a cara con Dios»²⁰.

4. «Nacer de nuevo»

Tras lo visto, cabe hablar de la Trascendencia no sólo como valor sino como finalidad última, no siempre explícita, a veces callada, transversal, de todo el quehacer

¹⁸ Cf. Ib., 263 [9, 1], 292 [9, 5].

¹⁹ Cf. J. Martín Velasco, 'Itinerarios del hombre contemporáneo hacia Dios', en J.L. Corzo (dir), *Escuchar el mundo, oír a Dios. Teólogos y educación*, PPC, Madrid 1997, 64ss.

²⁰ O. González de Cardedal, o.c., 104.

educativo que, en definitiva, apunta al desarrollo integral de la persona humana. Educar supone un ejercicio de trascendencia y apunta a la trascendencia. Ello no es óbice, todo lo contrario, para que podamos hablar de una expresa y necesaria educación del carácter trascendente del ser humano que apunte no sólo al encuentro indiferenciado con el Misterio en sí, sino al encuentro con el Misterio de Amor encarnado en Cristo Jesús.

Una de las principales causas de desaliento entre los educadores radica en constatar que aquello que uno vive y comparte ha dejado demasiado pronto de contemplarse y vivirse como un «valor». ¿Cómo educar para la solidaridad y para la paz en una sociedad individualista, violenta e injusta? ¿cómo hablar de Dios cuando no se comprende ni acepta un proyecto de vida que esté orientado hacia lo último?

De hecho, no son pocos los que tienen la impresión de que el tiempo de Dios, y, sobre todo, del Dios cristiano, ha pasado. Dios se habría convertido en un «extraño», cuyo recuerdo suscita la sospecha y la desconfianza de quien cree conocer todo lo que puede dar de sí. Ante Él, no cabe más reacción que un encogimiento de hombros, un desinterés intelectual y práctico, un desafecto no sólo por Él, sino por la misma dimensión religiosa y trascendental de la existencia. El drama actual es que el hombre ha olvidado que ha olvidado a Dios. Y su ausencia no es ausencia²¹.

En este contexto, el educador, sea cual sea su ideología, corre el peligro de dejarse seducir por tres grandes tentaciones:

1. *La huida hacia el refugio de la institución. Dogmatismo.* Ante la «amenaza» del relativismo y la pluralidad, toda institución experimenta la tentación de replegarse sobre sí misma, como única y exclusiva poseedora de la verdad. El esfuerzo del educador se dirige, en primer lugar, a suscitar el deseo de identificación con lo dado por la institución, con un determinado rol fijado en un conjunto de normas, prácticas y símbolos, para después posibilitar su asimilación y conformación. Su grandeza radica en la capacidad para alimentar valores «intemporales» que no se ven sujetos a la dictadura de la moda de turno. Su riesgo, el olvido de la libertad personal en aras de la estructura, y una cierta desconfianza respecto de la persona y del mundo.

2. *Educar «como si Dios no existiera». Ateísmo eclesial.* Consiste en eludir o dejar al margen la propia realidad del Misterio de Dios, sustrayendo su verdad al prójimo. Importa el «funcionamiento», la acción, los retos de la sociedad. Se habla de Iglesia, pero se olvida su fuente, se habla del Reino pero se olvida al Dios del Reino. La consigna a seguir sería: «no hablar sobre Dios, sino sobre la vida». El valor de esta

²¹ Cf. S. del Cura, 'A tiempo y a destiempo. Elogio del Dios (in)tempestivo': *Burgense* 43 (2000) 323-378; G. Tejerina, 'De la necesidad y de la gratuidad de Dios', en M.A. Pena- A. Galindo-J.R: Flecha (eds.), *Gozo y esperanza*, UPSA, Salamanca 2006, 197-215.

apuesta radica en su capacidad para empatizar con la realidad de nuestro mundo. Mas "si el nombre Dios termina convirtiéndose en algo sustituible o intercambiable sin más con otra multitud de nombres terminará lógicamente siendo sustituido"²². Se invierte peligrosamente la relación ente praxis y verdad de fe. Pero, ¿se sostiene realmente un «ethos» sin «logos»? ¿No quedaría éste vacío, en definitiva, de su propia sustancia e identidad, sujeto al vaivén plural y partidista de las ideologías y de los acontecimientos?

3. *La apuesta por el indiferentismo*, en su doble raíz: la fascinación por las nuevas formas de lo religioso, o la deserción del desaliento, el abandono.

A pesar de lo dicho arriba, el disenso de nuestra sociedad respecto a la praxis tradicional de las religiones no implica la desaparición de lo religioso, sino que, más bien, apunta a una verdadera metamorfosis en la conciencia religiosa. Ésta se manifiesta en la aparición de nuevas, diversas e indiferenciadas expresiones, a menudo, elementales, de lo trascendente, así como en la emergencia de nuevos fenómenos de culto, más íntimos y al margen de lo institucional. Nadie niega el valor de las mismas como interpelación a las religiones oficiales y a la misma sociedad. Preocupa, no obstante, la convicción, soterrada o explícita, de que «todo es lo mismo», ya sea porque no todas las expresiones de la llamada «trascendencia de baja intensidad» abren realmente al Misterio de la Trascendencia²³, ya, porque el Evangelio presenta una pretensión de verdad en el orden del ser y del sentido, a la cual es difícil renunciar sin perder la propia identidad.

La otra gran tentación es la deserción. Todo da igual. Nada merece ya la pena. Se renuncia a la condición de testigo, como si en una sociedad democrática no hubiera realmente lugar para proyectos de verdad ética o personal, fuera de lo verificable o al margen del «consenso» de la mayoría. Se ha perdido, en definitiva, la esperanza.

En este contexto, conviene hacer nuestra la invitación de Jesús a Nicodemo: "Hay que nacer de nuevo". Y eso es obra del Espíritu (Jn 3,3-7). Vivimos en una constante llamada a la conversión que nos impele a fiarnos de la fidelidad de Dios y nos interpela a escrutar los signos de los tiempos. Nunca ha existido un tiempo ideal para el anuncio del Evangelio, ni tan perverso como para que no pueda ser anunciado. Educamos y evangelizamos, de hecho, porque sabemos de quién nos hemos fiado (2 Tim 1, 12). En consecuencia, frente a esas tentaciones que a todos nos pueden acechar, podemos proponer:

1. *Frente a la asimilación institucional, personalización*. El núcleo de la educación en la fe no se sitúa en la asimilación de lo que se le ha dado por la institución,

²² S. del Cura, *art.cit.*, 264.

²³ Cf. M. A. Calavia, *art.cit.*, 29s; S. del Cura, *art.cit.*, 336-343; L. Oviedo, *La fe cristiana ante los nuevos desafíos sociales*, Cristiandad, Madrid 2002, 66ss.

sino en el «proceso» en el cual el que se inicia en la fe se hace sujeto de su propia historia, de modo que aprende a tomar la vida en sus manos como algo suyo, a hacerse persona, y a descubrir progresivamente, desde su propia autonomía, la voluntad de Dios. Se trata de enseñar y aprender a vivir de «dentro afuera», desde la experiencia de encuentro con Dios y de su Gracia. La personalización se inspira así en la pedagogía de Dios con el hombre tal como se manifiesta en la Historia de la Salvación. Por eso, en el centro de la educación, por encima del rol, de la verdad objetiva o la institución, se sitúa la persona humana, la relación, el encuentro.

2. Frente al *ateísmo eclesial*, redescubrimiento de la *significatividad de Dios*, y del Dios de Jesús, para las esperanzas y anhelos fundamentales de la vida humana. El educador y la comunidad cristiana son los primeros que deben creerse el dinamismo que puede aportar a la realidad del crecimiento humano su propio anuncio de Jesucristo, como experiencia de un amor fundante que nos configura y sostiene. Son portadores de una historia de amor que no pueden callar.

Ello ni nos aísla del mundo, ni cierra caminos al reconocimiento del valor de otros acentos y sensibilidades. De ahí, el aludir a la necesidad del diálogo interreligioso y al papel que ha de jugar la educación para crear una atmósfera sensible al mismo.

En primer lugar, quisiera advertir que sólo desde la propia identidad cabe la aceptación real de la alteridad y un diálogo profundo y serio. Tan auténtico es buscar lo que nos une como constatar y no ocultar lo que nos separa. Mas ¿podemos construir una identidad no defensiva, que propugne el diálogo y, a la vez, evite la tentación del sincretismo? Reducir la cuestión a la búsqueda de un común denominador minaría de raíz la experiencia religiosa misma. Sólo la identidad que brota de una experiencia honda de Dios, y de un itinerario interior, liberada del mero adoctrinamiento, es capaz de esta síntesis²⁴.

La educación está al servicio de este itinerario, a la vez que está llamada a ser escuela y experiencia de diálogo en todos los órdenes de la vida, e invitación a caminar juntos, en humildad, hacia la verdad. He ahí su aportación en esta cuestión. Dialogar implica aprender a confiar, vencer prejuicios, miedos, aceptar que podemos aprender de los demás, y que no hay diálogo sin respeto e interés por la verdad del otro, sin apertura a él en clave de amor sincero, y sin aprecio y fidelidad a la propia fe y tradición.

Sólo podemos recibir del otro, y recibírnos del otro, ofreciéndole lo más nuestro. Y «eso más nuestro» es nuestra fe en Jesús, a quien confesamos como Camino,

²⁴ Cf. J. Garrido, *La relación con Jesús hoy: reflexiones pastorales*, Sal Terrae, Santander, 2001, 285.

Verdad y Vida, como Promesa y Don definitivo de Dios para la Humanidad, en quien Dios mismo se regala y se da. Por su interna verdad, la fe cristiana en el Dios uno y trino, y en la única y universal mediación salvífica de Cristo, no es óbice para el encuentro, sino fuente de diálogo que nos impele a reconocer que las diversas religiones forman parte del trato de Dios con el mundo, y nos insta a un encuentro real y veraz con ellas.

La fe no se nutre de la confrontación, sino del encuentro, no de la ideología, sino del amor. El respeto al Misterio de Dios, que no se agota en nuestros esquemas, nos plantea cómo acoger, aceptar y amar al otro en su diferencia, cómo ayudarnos mutuamente a vivir mejor nuestra fe, cómo caminar juntos, codo con codo, en la defensa de la dignidad del hombre y en la búsqueda conjunta de la verdad (pues sin ésta no hay respeto sincero al otro), de la paz y de la justicia, para hacer entre todos un mundo más humano, solidario y justo. Juntos podemos ser testigos de la inalienable dignidad humana, cuya verdad no se encierra en su propia finitud, sino que está llamada a abrirse a un Misterio que la funda y sostiene.

Significatividad, por otra parte, no equivale a «funcionalidad». No podemos situar a Dios en el orden de nuestras necesidades inmediatas, adecuarlo a nuestros deseos o representaciones, o relegarlo a la carpeta de recursos. Dios no es «algo», sino «alguien». No puede ser pensado ni anunciado en criterios de utilidad, de contrato, como causa u objeto, o, incluso como simple objeto de nuestro conocimiento, sino en clave de encuentro y relacionalidad, de amor y gratuidad. La cuestión nada fácil de las imágenes de Dios en la educación para la Trascendencia es mucho más que una anécdota.

3. *Frente al indiferentismo, la propuesta de arraigo y fundamento.* Los desafíos del pluralismo en que vivimos no sólo nos obligan a discernir y a clarificar nuestros proyectos educativos, sino que nos confrontan con la humana necesidad básica de arraigo y fundamento. La pregunta por lo que nos hace vibrar cada mañana, por lo que da consistencia a nuestra vida, no es tan banal ni tan sencilla de responder como parece. El educador debe estar atento al carácter existencial de la misma y evitar el camino cómodo de las ideas y de las causas. En el fondo, es una cuestión de confianza, de una confianza radical.

5. Ser, amar, adorar

No puede haber experiencia de Dios sin esa Presencia constituyente, originante de Dios en el fondo del hombre y en el fondo de toda la realidad. Sin embargo, tomar conciencia de esta Presencia desde la cual y en la cual existimos percibiéndola no sólo como algo que está en nosotros o a nuestro lado, sino como Presencia fundante, que

nos sostiene y hacia la que caminamos, no es fácil. Supone un largo itinerario en el que necesitamos ser acompañados. Un itinerario de fe que no es vivido como adoctrinamiento, sino como experiencia, un camino que se hace con otros y que nunca termina de recorrerse. Hay que cultivar una determinada manera de ver, de pensar, de convivir, de sentir, que, lejos de ser una carga, constituye una auténtica fuente de gozo y de dicha. Teilhard de Chardin resumió este proceso en tres grandes momentos²⁵:

1. *Concentración o reencuentro con la alegría del ser.* Experimentar el gozo de ser nosotros mismos, confrontados, incluso, con nuestra pequeñez y con nuestro Misterio, y de descubrir ese tesoro que llevamos dentro en vasijas de barro, nos sitúa ante la necesidad de trabajar nuestro interior y de llevar una vida unificada. No es tarea fácil, vivimos dispersos, y en medio de muchos ruidos. Por eso, educar la capacidad simbólica del hombre, la interioridad, la mirada contemplativa de la vida, y enseñar a hacer una lectura creyente de la realidad para descubrir el rastro y el rostro de Dios en la historia y en nuestra historia, sobre todo, en esas experiencias fundantes y configuradoras de nuestra existencia, constituyen retos ineludibles en una educación para la Trascendencia. En palabras de Bonhoeffer: "Quien no aprende a entrar dentro de sí y a escucharse en profundidad, no escuchará ni a Dios ni a los demás".

2. *Descentramiento o la alegría del amar.* Interioridad no es intimismo. La auténtica espiritualidad es aquella que favorece los encuentros y que nos impele a «descentrarnos» y a atrevernos a hacer la aventura del «tú», a arriesgarnos, en definitiva, a la aventura de convivir, de acoger y de «dar-se», de hacernos hermanos y servidores de los más pequeños, de fundirnos con otros en el parto de un mundo más fraterno, de amar y de ser amados. Tampoco es tarea fácil. Requiere, de hecho, acompañamiento y paciencia, hasta que se van sanando esos miedos, inseguridades, o egoísmos que nos empujan a encerrarnos o pretender apropiarnos del ser amado. Hay una forma estéril de amar que consiste en poseer, en vez de entregarse. Educar para la trascendencia, para el encuentro, quizá no sea otra cosa que acompañar el aprendizaje de amar.

3. *Superconcentración o la alegría de adorar.* A pesar de que ha pasado más de medio siglo desde que fueron escritas, siguen siendo sobrecogedoras esas palabras de Martin Buber en las que, al hablar de «Dios», reconoce que ninguna otra palabra ha sido tan vilipendiada a lo largo de la historia²⁶. ¿Qué hemos hecho, por ejemplo, para que Dios sea considerado por muchos una amenaza para la vida, una carga cuya única finalidad es ahogar el gozo de vivir? Urge recogerla del suelo, dirá, para poder llevarla a la luz, pero sólo cuando uno es consciente de lo que se la ha maltratado. A

²⁵ Cf. P. Teilhard de Chardin, *Sobre el amor y la felicidad*, PPC, Madrid 1997, 82-89.

²⁶ Cf. M. Buber, *Eclipse de Dios*, Sígueme, Salamanca 2003, 42.